

STILL WALKING (CAMINANDO), TRAS LOS PASOS DE YASUJIRO OZU

Por CARLOS GIMÉNEZ SORIA

T.O.: *Aruitemo Aruitemo*.

Producción: Engine Film, Bandai Visual, TV Man Union, Eisei Gekijo y Cine Qua Non Films (Japón, 2008). Productores: Yoshihiro Kato y Hijiri Taguchi. Director: Hirokazu Kore-eda. Guión: Hirokazu Kore-eda. Fotografía: Yutaka Yamazaki. Música: Gonchichi. Diseño de producción: Toshihiro Isomi y Keiko Mitsumatsu. Montaje: Hirokazu Kore-eda.

Intérpretes: Hiroshi Abe (Ryota Yokoyama), Yui Natsukawa (Yukari Yokoyama), You (Chinami Kataoka), Kazuya Takahashi (Nobuo Kataoka), Shohei Tanaka (Atsushi Yokoyama), Hotaru Nomoto (Satsuki Kataoka), Ryoga Hayashi (Mutsu Kataoka), Kirin Kiki (Toshiko Yokoyama)

Color – 110 min. Estreno en España: 5-VI-2009.

Hirokazu Kore-eda (Tokio, 1962) es uno de los realizadores más prometedores dentro del panorama cinematográfico contemporáneo del Japón. Su reconocimiento internacional llegó con su segundo largometraje, *Después de la vida (Wandafuru raifu, 1999)*, original cinta alegórica en la que planteaba dos temas muy presentes en su filmografía posterior: la ausencia y la memoria. La presentación en el Festival de Cannes de su cuarta película, *Nadie sabe (Dare mo shiranai, 2004)*, puso de manifiesto el interés de Kore-eda por las temáticas familiares y su particular análisis del universo infantil. Sin embargo, dos años después, sorprendió a crítica y público al abordar el cine de carácter histórico –subgénero conocido con el nombre de *jidai-geki*– en *Hana (Hana yori mo naho, 2006)*, donde explora el mundo de los samuráis de la época Edo a través de una historia de venganza. Al margen de sus aciertos anteriores, el autor de *Distance (2001)* ha alcanzado un nivel de sobriedad escénica y de serena emotividad muy poco frecuentes en el cine de hoy en día, gracias al reciente estreno de su magistral *Still Walking (2008)*, film concebido a todas luces bajo la influencia del desaparecido maestro Yasujiro Ozu (1903-1963).

Aruitemo aruitemo –título original de la obra– es un melodrama familiar cuyo referente fílmico más inmediato es la mítica *Cuentos de Tokio (Tokyo monogatari, 1953)*, considerada la pieza clave de Ozu y una de las cinco mejores películas de la cinematografía universal. Siguiendo los pasos de aquel veterano cineasta, Hirokazu Kore-eda narra la reunión de una familia formada por dos ancianos que –a la inversa de lo que ocurría en la referida cinta de Yasujiro Ozu– reciben la visita de sus hijos y de sus nietos para conmemorar el aniversario de la muerte del primogénito, fallecido en trágicas circunstancias mientras salvaba la vida de un muchacho. A esa cita acuden el hijo menor con su reciente esposa (una mujer viuda y madre de un chico preadolescente, que también les acompaña) y la única hija del matrimonio (con su marido y sus dos descendientes). Durante su estancia en la casa, se revelarán todo tipo de sentimientos entre los componentes de esta familia.

El propio Kore-eda ha explicado con ejemplares palabras el mecanismo argumental de su película:

Los personajes son gente normal y la historia transcurre durante un solo día. Al contrario de los dramas estadounidenses, no ocurre nada muy importante en las 24 horas que dura la reunión familiar. Sin embargo, en el transcurso de ese día aparentemente tranquilo, la marea va y viene, pequeñas olas rompen en la superficie (...) He descrito y estudiado las diminutas aunque significativas olas que irrumpen en la superficie de nuestra vida.

Las relaciones familiares entre distintas generaciones componen el eje central de *Still Walking*. A raíz de éstas, el film muestra el efecto distanciador que los nuevos tiempos provocan entre padres e hijos. La falta de comunicación se impone como obstáculo principal dentro de un microcosmos donde los vínculos afectivos son evidentes. Sin embargo, ello no impide que los puntos de vista respecto a la vida, al trabajo y al concepto mismo de familia sean, con frecuencia, diferentes.

Ese choque generacional acentúa dos aspectos fundamentales: el escepticismo de los padres ante el estilo de vida que han escogido los hijos y la mirada crítica de los matrimonios jóvenes hacia las antiguas convenciones sobre las relaciones de pareja. El padre se revela como una figura hegemónica, que ejerce su rol mostrando su disconformidad a través de un silencio reiterado y solemne. Por otra parte, su presencia no impone necesariamente un tono autoritario, aunque sí aporta cierta rigidez en el trato personal.

Hay una serie de temas que son abordados con gran acierto en la película y que pueden encontrarse realmente en la cotidianidad de la vida familiar. En lo referente a la mirada que Kore-eda proyecta sobre la vejez, aparecen aspectos tan significativos como la pesadez del paso del tiempo, la contemplación triste del pasado (con el amargo recuerdo del hijo desaparecido) o la proximidad de la muerte. El propio cineasta comentó la dificultad del personaje paterno para encontrar un espacio en la actual sociedad japonesa:

El padre no encuentra su lugar porque en Japón no hay sitio para un padre jubilado, para un hombre que sólo sabe relacionarse en la sociedad del trabajo. No está acostumbrado a pasar tanto tiempo en casa, se siente desplazado. Para el hijo, ver a su padre sin sitio es chocante. Para el padre, es difícil aceptar que sus nietos hablen de la casa de la abuela. Hasta que no acepte la nueva relación de poder, no mejorarán las cosas.

Por otra parte, los jóvenes en este film tienen una visión más pragmática de la existencia, en relación directa con una sociedad moderna y más individualista: mientras que la hija busca la posibilidad de instalarse en la casa familiar incluso antes del fallecimiento de los padres, el hijo menor trata de evitar las molestias del contacto frecuente con sus progenitores. Sin embargo, cabe también la posibilidad de articular algunas promesas, a pesar de que éstas queden finalmente en el aire, expresadas con palabras que jamás llegarán a materializarse en obras.

En el plano estético, Hirokazu Kore-eda conserva algunos recursos narrativos del cine de Yasujiro Ozu. La predilección por una puesta en escena tranquila y serena, con secuencias muy dilatadas en el tiempo que evitan provocar una sensación de estatismo, es una característica común entre *Aruitemo aruitemo* y piezas como *La hierba errante* (*Ukigusa*, 1959) u *Otoño tardío* (*Akibiyori*, 1960). Conviene destacar también la importancia de los niños en el desarrollo dramático de la película, rasgo que la emparenta con otras magistrales cintas de Ozu, como, por ejemplo, *He nacido pero...* (*Rakudai wa shita keredo*, 1930) o *Buenos días* (*Ohayo*, 1959). No obstante, Kore-eda opta por liberarse de los emplazamientos de ángulo bajo –los famosos “planos tatami” del gran maestro aquí homenajeado– y recrea una hermosísima visita al cementerio, empleando planos generales filmados en contrapicado. Asimismo, muestra también su atención por el detalle, recreándose en objetos y espacios vacíos repletos de melancolía. Según su propio autor, este método fue el más adecuado para evitar excesos melodramáticos gratuitos:

Me esforcé en crear una puesta en escena que evitara el sentimentalismo. Me centré en los pequeños objetos cotidianos –un cepillo de dientes o un pijama– que pueden reflejar la nostalgia o el paso del tiempo.

En compensación a sus méritos, *Still Walking* tuvo una calurosa acogida en el pasado certamen del Festival de San Sebastián, donde el público y la crítica alabaron la acertada y detallista aproximación de un joven cineasta japonés hacia la filmografía de uno de los grandes maestros del cine. Lamentablemente, el jurado terminó premiando a una cinta destacable aunque de inferior calidad artística: *La caja de pandora* (2008), de la directora turca Yesim Ustaoglu. A pesar de todo, *Aruitemo aruitemo* ha conseguido no sólo dejar constancia del legado histórico de Yasujiro Ozu sino también poner de manifiesto la portentosa capacidad de Hirokazu Kore-eda para aportar una mirada íntima al universo de las relaciones familiares. Una obra maestra.